

ALBERTO BLECUA (1941 –2020)

Luis Alberto Blecua Perdices murió en Barcelona el 20 de enero de este funesto 2020. Hijo de José Manuel Blecua Teijeiro y hermano de José Manuel Blecua Perdices, había nacido en Zaragoza en 1941. Estudió en el Instituto Goya de su ciudad natal y se licenció en Filología Románica por la Universidad de Barcelona. Fue catedrático de instituto por oposición antes de incorporarse en 1971 a la Universidad Autónoma de Barcelona, a la que estuvo ligado hasta su muerte. Se doctoró en 1974 y en 1979 opositó a una agregación, el paso previo a la cátedra, en la que permaneció hasta su jubilación en 2012, a partir de la cual pasó a ser catedrático emérito. Fue profesor visitante en las universidades de la Sorbona y Harvard. Impartió cursos de doctorado y máster, y pronunció conferencias a lo largo y ancho del mundo. Fue miembro correspondiente de la Real Academia Española desde 1987 y en 2002 fue recibido como académico en la de Buenas Letras de Barcelona. Socio fundador de la Asociación de Cervantistas, ocupó su presidencia entre 1995 y 1999. En los últimos treinta años formó parte del jurado del Premio Planeta.

Los puestos y categorías de su trayectoria profesional, con ser importantes, no dan idea de la enorme relevancia de Alberto Blecua en los estudios literarios, tanto por el influjo de sus escritos como por su magisterio directo en las aulas, las calles o los cafés. En ambos frentes partía de la experiencia que a él le había enganchado

irremisiblemente a la literatura: leer los textos, pensarlos, comentarlos, situarlos en su tiempo, considerar sus antecedentes y resonancias.

No se ufanaba por no hacer teoría de la literatura, ni estudios culturales, pero a él lo que le interesaba era partir de lo concreto y alzar miras desde ahí. Lo explica muy bien en las palabras con que introduce su libro *Signos viejos y nuevos* (2006), recopilatorio de trabajos fundamentales para conocer sus intereses y métodos. En ese prólogo encontramos un autorretrato intelectual y moral magnífico, si bien pintado con los pinceles de su querido Lazarillo más que con los del que no lo era menos Garcilaso, es decir que se autorrebaja, en un juego irónico tan suyo que cada uno debe corregir como crea y deba.

Exhortaba a defender la filología muy consciente de los malos tiempos que habían empezado a correr para ella, con amenaza de arreciar. Es ciencia compleja y difícil —repetía— que obliga a quien la profesa a intentar saber de todo, porque todo es necesario para entender y explicar un texto. Él, desde luego, tenía una curiosidad universal.

Se diría que era heredero natural de aquellos hombres que posibilitaron la Modernidad con los *studia humanitatis*, considerados como el sistema más adecuado para formar al hombre nuevo en su integridad, y cuya clave no estaba en la teología ni en las ciencias experimentales, sino en la filología, en la lectura detenida y el comentario de los textos, con lo que buscaban, más allá del mero conocimiento, el perfeccionamiento de las personas.

Ese método filológico parece haber funcionado en Alberto Blecua, aunque todo apunta que ya le predisponía a ello una natural bondad. Una bondad que rezumaba al tratarlo, al igual que su simpatía. Era un consumado caso de *vir doctus et facetus*, otro de los modelos renacentistas que su personalidad acogía, y que irradiaba dentro y fuera de sus clases y libros.

La confluencia con las propuestas de aquel tiempo renacentista, que tanto le atrajo, también se producía en su forma de comunicarse: escribía como hablaba; y cuando hablaba, hablaba como era, sin sofisticaciones, sin pedanterías. Le repelía ser pedante, o parecerlo. Me quedó claro desde la primera vez que le vi y oí en persona en el Ateneo madrileño con motivo del primer congreso de

la AISO en 1987, dedicado a la edición de textos: en uno de los debates alguien cuestionó el uso de tanto latín (*emendatio ope ingenii, recensio, lectio difficilior*, etc.) en su *Manual de crítica textual*, ante lo cual hizo una defensa de esos tecnicismos consagrados por la tradición, al tiempo que rechazó de plano que pudieran interpretarse como pedantería: “lo saben muy bien los que me conocen”.

Los textos había que leerlos y comentarlos en las mejores condiciones, de ahí la necesidad que sintió de la crítica textual. Como culminación de sus estudios en la Universidad de Barcelona, su tesina consistió en la edición de un cancionero, a la que en ocasiones se ha referido como su salvación, porque a partir de ese momento fue consciente de la pertinencia de una de sus líneas principales de investigación.

Desde el lado teórico, este interés culminó con la publicación en 1983 del mencionado *Manual de crítica textual*, de total vigencia —y en régimen de monopolio, podríamos decir— casi cuarenta años después, en que sigue siendo libro de cabecera de quienes abordan una edición crítica. Su intención declarada en el prólogo era “dar al neófito una guía inicial que le ayudará a caminar, sin más tropiezos que los necesarios —que serán numerosos— desde los árboles ideales del huerto teórico a la selva confusa de la práctica”. El autor siempre ha estado pendiente de lo concreto y lo práctico.

Sin llegar a la rotundidad de la declaración de Giorgio Contini de que “la filología culmina nella critica testuale”, se manifestaba decidido partidario de que el filólogo pusiera en ella un foco de interés prioritario. Consciente de sus limitaciones, no la sacralizaba —tampoco se lo permitía su manera mesurada de ser— pero la tenía por el método mejor. “Es pura lógica —declararía más adelante en su *Defensa e ilustración de la crítica textual* (2009)— y da igual que lo haya dicho Lachmann, de quien tanto se habla últimamente para negar que sea lachmanniano, o cualquier vulgar editor de textos (yo, por ejemplo)”.

De la literatura disfrutó hasta las heces, ténganse por tales las variantes, que tanto mortifican a algunos. “Vicio exquisito” consideraba su atracción hacia estas células madre en las que fundar las ediciones críticas. Había que fijar los textos, pero no para pararse ahí. Se trataba solo de obtener la mejor base para interpretarlos.

Unas interpretaciones las suyas siempre pendientes de la tradición (tiene páginas admirables sobre esto) y de los ecos; y permitiendo también que la intuición aflorase.

Aunque sus preferencias se orientaron hacia el Siglo de Oro, conocía toda la literatura española en su amplitud, por devoción y por obligación: las exigentes oposiciones a cátedras de instituto con las que inició su carrera docente requerían su dominio. Y son abundantes los autores, obras y épocas a los que prestó atención en sus publicaciones: Berceo, Encina, *Auto de la Pasión*, cancioneros del siglo XVI, Gregorio Silvestre (al que dedicó su tesis doctoral, que no llegó a publicar, aunque hasta tiempos recientes le gustaba ironizar con que lo haría “en seguida”), Boscán, Garcilaso, Herrera, fray Luis de León, san Juan de la Cruz, los hermanos Argensola, Quevedo, Góngora, Saavedra Fajardo, Gracián, Cadalso, García Gutiérrez, Bécquer, Jorge Guillén, Alberti, Pedro Salinas.

Debe destacarse la labor de crítica textual y filología desplegada en sus ediciones del *Libro de Buen Amor*, el *Lazarillo*, *Las seiscientas apotegmas* de Juan Rufo y el *Quijote*. Precisamente, a Cervantes dedicaba su mes final, preparando un libro que recoge sus acercamientos al autor y que tiene anunciada su aparición en 2021 con el título de *Doce estudios cervantinos*.

Una consideración especial merece su labor con el teatro de Lope de Vega. Él mismo ha referido en diferentes foros cómo desde 1968 bullía en su cabeza el proyecto de abordar sistemáticamente la edición crítica de sus obras, ante la evidencia incomprensible de su escasez extrema. Con esa idea inició su singladura como profesor en la Universidad Autónoma de Barcelona en 1971, para después de varios intentos fallidos de financiación, poner la primera piedra en 1989 con la fundación de PROLOPE (Proyecto Lope Edición). Ancho campo se abría en los miles de copias manuscritas e impresas conservadas del autor para poner en práctica las enseñanzas de su *Manual de crítica textual*.

La constitución de PROLOPE es uno de sus mayores logros, por el que los estudios de literatura española siempre estarán en deuda con él. Por muchas razones. La primera, por los frutos alcanzados hasta la fecha —más de dos centenares de comedias de Lope de Vega editadas de acuerdo con las mayores exigencias de la ecdótica y la filología— pero también por la dinámica creada, que

permite confiar en que se culminará lo que parecía un sueño imposible, editar las más de trescientas cincuenta auténticas que hoy se conservan de este “monstruo de naturaleza”, el más prolífico entre los grandes autores de la literatura universal. Pero hay más, y es otra demostración de que son los grandes contenidos los que pueden generar los medios adecuados para llevarlos a cabo: desde hace bastantes años PROLOPE se ha erigido en un entorno investigador de primer nivel, en el que se han formado quienes hoy son importantes especialistas en la literatura del Siglo de Oro dentro y fuera de España. Es un polo de atracción al que desean incorporarse los jóvenes doctorandos y doctores en la seguridad de que encontrarán un atractivo espacio en el que trabajar y expertos que les formen. Prolope es igualmente una demostración ostensible de que la investigación en humanidades puede llevarse a cabo en equipo; lo que, por otra parte, es la única manera de abordar repertorios como el de Lope, prodigioso tanto por su extensión como por su complejidad filológica. Un testimonio que además ha servido de estímulo para la confirmación y creación de otros grupos que, generalmente al amparo de la financiación de proyectos I+D, afrontan la edición crítica de las producciones también crecidas de los otros dramaturgos destacados del Siglo de Oro. Una labor que no se queda solo en las mesas de los estudiosos sino que ha logrado en los últimos años interactuar con el mundo de la escena, en una confluencia que ha resultado beneficiosa para ambos ámbitos. PROLOPE está detrás de algunos de los hitos de la vigencia actual de los clásicos en los escenarios, como son los casos de *Mujeres y criados*, *La cortesía de España* o *El castigo sin venganza*.

Cómo no evocar en estas líneas la confluencia de Alberto Blecuá y el grupo que fundara con la Sociedad Menéndez Pelayo para la conmemoración del centenario de la muerte del estudioso santanderino, quien también tuvo en Lope de Vega uno de los principales empeños de su extensísima labor. La edición de sus obras que le encargara la Real Academia Española le ocupó desde 1890 hasta su muerte, sin conseguir culminarla. Esta misma empresa, pero ahora con mejores medios y conocimientos de crítica textual, ha sido acogida casi un siglo después por este equipo ejemplar de editores rigurosos comandados por Alberto Blecuá. Ambas instituciones, al amparo de la Universidad Internacional

Menéndez Pelayo, celebraron un congreso en septiembre de 2011 bajo el título de “Menéndez Pelayo y Lope de Vega”, cuyas sesiones recogen las actas publicadas.

Lector empedernido, disfrutaba especialmente de esos libros raros que caían en sus manos de buscador pertinaz, con los que consiguió reunir una magnífica biblioteca, parte de la cual había heredado de su padre. Recuerdo sus apasionantes relatos sobre lances vividos en las librerías del mundo, y algunas de sus recomendaciones para dar a la caza alcance de piezas que se salían del presupuesto, en las que ponía de manifiesto su conocimiento de los libros y de los seres humanos que los venden: cuando encuentres el libro maravilloso, no manifiestes un interés especial por él, muestra tu entusiasmo por otro, regatea... Y tanto, si al final convienes en llevártelo como si no, deja caer sin mayores aspavientos que ya que estás ahí, pues, bueno, que te vas a llevar ese otro libro: ese, tu verdadero objetivo, por el que has montado la sutil estrategia.

Pero, al igual que su admirado Menéndez y Pelayo, su biblioteca no era para él un museo de trofeos de caza sino, antes que nada, un laboratorio para trabajar y extraer ideas. En ese sentido hay que entender que en el mencionado prólogo de 2006 niegue ser un bibliófilo (aunque unas líneas antes sí que ha reconocido ser un bibliómano). Filólogo materialista donde los haya, su relación estrecha con la literatura empezaba por lo más corpóreo. Y el beneficio que para él suponía el contacto directo con la materialidad de las fuentes hacía que con frecuencia llevara sus libros a clase para que los alumnos pudieran tocarlos.

El profesor Blecua poseía el don de la auténtica pedagogía, aunque es posible que nunca cursara estudios específicos sobre algo que hoy ocupa abundantes horas en la formación de los profesionales de la literatura o de cualquier otra materia. Él es un testimonio indiscutible de que los buenos maestros infunden al tiempo que sus profundos conocimientos la forma de exponerlos, y de que la mejor forma de enseñar a enseñar es cuando el foco está puesto en qué enseñar.

De él, como de pocos, se puede decir que enseñaba por contagio. Sus escritos rezuman pasión por el objeto estudiado, la misma que intentaba transmitir en sus intervenciones en público.

Viví en primera persona una prueba palmaria de su capacidad de seducir al público. Era al principio de los años noventa, el doctor Blecua daba en el Paraninfo de la Universidad de Valladolid, abarrotado, una conferencia sobre Horacio en el Siglo de Oro (otro de sus temas predilectos de los que lamentaba tener aún trabajos que pulir y publicar). La sesión consistía, como tantas veces por su parte, en leer y comentar textos a partir de un conjunto de hojas fotocopiadas, a mi cargo, que se debían entregar a los asistentes. Era la hora y decidió empezar con una introducción, anunciando que ya se repartirían cuando llegaran. Eso nunca ocurrió, habían quedado encerradas en un despacho de llave inaccesible. Pero, por fortuna para mí, nadie preguntó más por ellas, ni el conferenciante ni sus cientos de oyentes las echaron en falta. Alberto Blecua tenía tan vitalmente asumida la literatura del Siglo de Oro y a Horacio que cada pasaje evocado de memoria suscitaba sabrosísimos comentarios con esa forma suya de entender y explicar el hecho literario tan original (por proceder del origen, de la asimilación personal de los textos), a caballo entre la familiaridad, incluso desmitificadora, con los autores y el entusiasmo por ellos. Siempre en la pedagogía directa de sus conferencias o clases había una plusvalía que los libros no podían dar, ni, desde luego, la docencia telemática que amenaza con ampliar su uso como sucedáneo de la presencial más allá de la crisis sanitaria sobrevenida tras su muerte.

Conocía al dedillo la retórica —era uno de sus temas de interés—, pero a la hora de comunicarse con sus lectores y oyentes procedía a una asimilación natural y personalísima de sus recursos, que hacía inevitable engancharse a sus palabras, aunque tratasen sobre los asuntos más arduos de nuestro oficio, como las variantes de marras, por ejemplo.

Sobre sus convicciones didácticas —y también sobre su forma de ser— es bien expresiva su respuesta a la pregunta de “cómo se puede enseñar hoy, si se puede enseñar, el Siglo de Oro y la literatura del Siglo de Oro”, formulada por Iñaki Gabilondo en la entrevista que en 2012 le hizo con motivo de la presentación de algunos de los volúmenes de comedias de Lope (es fácil encontrarla en la red): “Pues con mucha gracia” —dijo sin pensárselo y con el alborozo de los presentes. Es evidente que el término debe entenderse de acuerdo con la primera acepción que le da la RAE:

“cualidad o conjunto de cualidades que hacen agradable a la persona o cosa que las tiene”, pero también con la novena: “capacidad de alguien o de algo para hacer reír”. Y precisó: “Primero hay que saber bien la literatura del Siglo de Oro, la lengua, la cultura... Y luego hay que leer bien los textos”; y, en esta ocasión, con “leer” no quería decir solo “entender”, sino especialmente “recitar”, “actuar” incluso: “Los profesores tendrían que enseñar a leer los textos en voz alta [...] Un profesor debería ser un gran actor”. Siempre los textos en primer término, merecedores de todo el mimo y atención, para investigarlos o contagiarlos.

Recurro a la metáfora de Bernardo de Chartres para declarar que Alberto Blecua es uno de mis gigantes preferidos, de esos sobre cuyos hombros los enanos podemos ver más y mejor; por más que en el día a día, y según su natural, él se empeñaba en disfrazarse también de enano.

Cuando los maestros que han marcado nuestras vidas se van, el dolor de sus discípulos y amigos recurre al consuelo de que permanecen vivos en sus escritos. Lo que es una incontrovertible verdad. Estos no nos van a faltar cuando necesitemos seguir aprendiendo de Alberto Blecua; ni tampoco a las generaciones que sigan, porque hay señales inequívocas de su resistencia al paso del tiempo. Y no solo sus obras le mantendrán vivo, lo hará también la memoria de su actitud vital, de su forma libre, generosa y jovial de estar ante el mundo y ante los demás.

Pero entre los maestros reconocidos quizá ninguno ha logrado como él ser tan entrañable en su contacto humano con los discípulos y colegas. No importaba que fueras joven y desconocido, que te atendía con una generosidad que emociona recordar; leía tus trabajos, los comentaba, te aconsejaba. Siempre desde la libertad que le concedía su conocimiento de los hombres y de la literatura; y su no militancia en bandos ni camarillas. Su sonrisa y su mirada intensa te hacían sentirte bien. Esa dimensión irrepetible de Alberto Blecua sí que deja un vacío que no queda otro remedio que asumir.

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID